**CAPITULO 1**

***La Sultana, diez años después.***

¿Qué hago aquí mirando por la ventana de este sitio en el que no me puedo ubicar bien? Siento en mi interior que tuve días muy agitados. Veo un diario personal en mi mesa de noche. Lo abro y empiezo a leer:

 “Yo, Marcelo Marangoni, escribo estas páginas desde el hospital psiquiátrico de La Sultana, donde estoy internado. Me tienen con camisa de fuerza, pentotal y *electroshock*”.

— ¿Por qué enloquecí? —

No todas las personas que estamos internadas en un hospital psiquiátrico hemos perdido la razón; en ciertas circunstancias nuestra propia familia nos encierra al ver que no estamos lo suficientemente maduros para vivir en este mundo cruel. En otras son locuras hereditarias; otras te las regala la vida y no sabes cómo luchar para sacártelas de encima; entonces sobreviene esta locura que no podemos resolver por nuestros propios medios, y es ahí cuando perdemos el equilibrio, ese equilibrio que nos lleva a una cornisa peligrosa y nos hace perder la realidad. Yo creo que todos tenemos un poco de locura, nos contagiamos. Es una época donde todos queremos tener razón sin medir las consecuencias. También a alguien que sabe mucho le dicen que está loco, porque se suele admirar todo aquello que se sale de lo normal.

 Los largos pasillos del hospital psiquiátrico se han convertido en el hogar de muchos individuos que llegamos al hospital a través del servicio de urgencias, sin nadie que nos acompañe, y desorientados sobre nuestra procedencia, y de otros pacientes que ingresan a la institución para tratar sus quebrantos de salud mental, pero que a lo largo de su tratamiento son abandonados por sus familiares y allegados.

—El papel de la familia es vital. Los trastornos mentales de un paciente surgen de sus relaciones con su familia y su comunidad. En la medida en que una familia se apropie del problema, participe en el tratamiento y ayude a solucionarlo son mayores para un paciente sus posibilidades de recuperarse. Ya sea total o parcial, el abandono genera dolor y sufrimiento— afirmó el psiquiatra.

 — Los pacientes como el médico Marangoni son conscientes de la negligencia de sus allegados, lo cual afecta en gran medida su recuperación y posibilidad de reintegrarse en la sociedad. En estos diez años solo ha sido visitado por su mamá.

Al papá no lo conocemos— afirmó el director.

 **CAPÍTULO** **2**

Han pasado unas semanas desde que abrí mi diario personal. Parece que hay buenas noticias: he sido llamado a la oficina del director del hospital, quien me muestra mi historia clínica y me explica que he estado con una patología mental desde hace diez años.

—Su abandono por parte de la familia se debió en mayor medida a los estigmas sociales de ellos frente a los trastornos psiquiátricos suyos— dijo el director.

—No ponga eso en mi historia clínica porque después no podré conseguir trabajo, ahora que están a punto de darme de alta— le supliqué.

—No se preocupe. Por ahora no está en capacidad de trabajar como médico.

—Señor director, ¿Qué va a decir la gente cuando me vean llegar a la Clínica Sagrado Corazón después de tanto tiempo ausente?

—Esa clínica desapareció hace algunos años, respondió el director.

— ¿Con qué cara voy a ver a mi familia? — le pregunté con preocupación.

—Su mamá conoce muy bien su nuevo estado mental, y lo visita con frecuencia-, contestó.

La sociedad en general juzga la estancia psiquiátrica y genera exclusión, ignorando la gran responsabilidad que tiene en el surgimiento de enfermedades mentales.
—Director, creo que mi problema mental se debe en parte a los conflictos que tuve con mi papá-, le dije en ese momento de lucidez que gozaba.

—Tranquilo, doctor Marangoni, eso ya lo hemos constatado a través del test que le hicimos.

 — ¿En mi inconsciencia, le comenté en el test las historias de maltrato que él me proporcionó?

 —Sí, doctor Marangoni, hemos concluido que en parte sus alteraciones en la relación parental, la disfunción familiar con su mamá y el hecho de no haber tenido relaciones sentimentales con una mujer son el resultado de esa ingrata experiencia.

—Presiento que tuve otro problema más grave para haber adquirido esta patología mental.

—Lastimosamente, usted se trastornó también por haber trabajado hace diez años como gerente de la Clínica Sagrado Corazón de Ciudad Central.

—Y ahora, ¿qué sigue?

—Para su tranquilidad le vamos a dar de alta, pero debe pasar al programa de atención y prevención, puesto que debe permanecer en la institución como paciente de la categoría de Estancia Social. Quiero informarle que su estancia aquí no quiere asumirla ninguna aseguradora de salud. Por lo tanto, el hospital psiquiátrico asume estos costos, puesto que tenemos una función de cuidado que no vamos a abandonar— afirmó el director.

— ¿Quiere decir que no voy a mi casa?

—Todavía no puede salir.

—Pero ya estoy sano y empiezo a recordar todo lo que me sucedió antes de hospitalizarme. ¿qué voy a hacer?

—Dedíquese a escribir sus memorias— concluyó el director.

“En la actualidad no se busca la hospitalización prolongada. La psiquiatría moderna no busca encerrar y aislar al médico Marangoni, sino tratarlo lo más cerca posible a su entorno, porque los lazos y vínculos cercanos ayudan. De manera que vamos a fomentar la autonomía personal del paciente, la integración a la comunidad y se le permitirá convivir en un medio más ajustado a su condición”, fue el dictamen clínico de la junta médica de psiquiatría”.

Pienso que hay muchos momentos en los que el ser humano se enfrenta a la locura, tanto de la de otros como a sus propios demonios.

 **CAPÍTULO 3**

***La Sultana, 06 de noviembre.***

Aquella madrugada, me levanté con dolor de cabeza por la ingesta de ron de la noche anterior, con motivo de la despedida de soltero de un compañero médico.

Sonó el teléfono y lo respondí echando un madrazo mental a quien me llamaba:

 —Buenos días.

 —Buenos días, a sus órdenes.

 — Espero no estar equivocada. ¿es usted el doctor Marcelo Marangoni?

 —Sí, con él habla.

 —Doctor, lo estamos llamando de la institución de salud Cruz Amarilla para informarle que ha sido aceptado para el cargo de gerente de la Unidad Hospitalaria Sagrado Corazón, en Ciudad Central.

 La voz de la secretaria al otro lado del teléfono me tomó de sorpresa porque yo no había enviado ninguna solicitud de empleo. Pensé que el estado de alicoramiento que tenía en ese despertar me estaba produciendo alucinación. Veía estrellas, percibía un zumbido en mis oídos, y fue cuando vi a mi padre que estaba al frente de mi cama. Por señas me decía que contestara sí al ofrecimiento que me hacían, que él enseguida me comentaba como había sido la palanca para que me nombraran.

 —Señorita, muchas gracias. Para mí es muy honroso que tan prestigiosa Institución haya tenido la gentileza de aprobar mi nombramiento para tan importante cargo.

 —Doctor, muchas gracias por su atención. Lo esperamos esta tarde a las dos para ultimar detalles de documentación y realizar exámenes médicos de ingreso.

Favor estar en la dirección que usted conoce de nuestra empresa. Que esté muy bien.

 —Muy agradecido, estaré presto y a sus órdenes esta tarde. Hasta luego.

 Mi mamá ya había oído la conversación y nos llamó a papá y a mí para que fuéramos a desayunar, y sería la ocasión para que el viejo me contara qué era lo que había gestionado. Mis padres estaban desalentados con mi actitud de no querer especializarme y no tener novia porque trabajaba veinte horas diarias cada dos días.

Me había graduado cinco años atrás y trabajaba como médico general de una pequeña institución de salud en La Sultana, cuando a mi padre le dio por pedirle favores al senador Marcolini, quien me hizo nombrar como gerente de la Clínica Sagrado Corazón. Era una decisión de lo tomo o lo dejo, y tenía que olvidar muchas cosas desagradables de los últimos tres años. Yo no estaba conforme trabajando como médico general en una institución de salud pequeña, donde cumplía estrictamente con mi horario de trabajo. Qué me iba a imaginar administrando una clínica de nivel II en una ciudad distante de La Sultana.

Con el primer sorbo de café caliente le hice reclamo al viejo:

 — ¿Por qué me hiciste esto? — ¿Qué daño les estoy haciendo? —Si quieren me voy a vivir a otro lado.

 — En mi familia nunca ha habido mediocres, y a todo reto nos le hemos medido — respondió el viejo.

 — Pero, papá… Mamá, por favor, dile que no me meta en problemas.

 — ¡Última palabra! Así que, joven, repose un rato, y como hoy no tiene que trabajar en

su institución de salud, saque el vestido y la corbata para que su mamá los planche.

Por la tarde llegué a la cita. Estaba inseguro y dudaba si podía desempeñar el cargo de gerente de la Clínica Sagrado Corazón. Pasé todos los exámenes médicos, ordenamos mis documentos y diplomas, y quedamos en que a la semana siguiente iría con el subgerente clínico a tomar posesión del cargo.

Al otro día, madrugué a mi trabajo. Les conté a los colegas sobre mi nuevo nombramiento; fui a presentar renuncia ante el gerente, y como era un contrato de prestación de servicios, no hubo problema para terminarlo de común acuerdo. El más contento fue el gerente porque por fin podía vincular a trabajar a un médico de su movimiento político. Los compañeros me despidieron el sábado, y como era costumbre, el guayabo de ron me tuvo todo el domingo nervioso.

Hay muchas cosas que se inician por capricho de los padres, y terminan siendo la locura de los hijos.

**CAPÍTULO** **44**

Aquel martes por la noche, las ánimas, el psiquiatra, el mago y yo nos reunimos. Fue aterrador volver a encontrarme con Socorro Lozano, Ulises Volverás, Elena Cardona, la mamá y el papá del bebé, el ginecólogo, el anestesista Mosquera, el Pájaro, el chofer de la ambulancia, la gorda de las cirugías estéticas, y muchos más cuya lista sería muy larga de enumera.

 El mago empezó con el ritual de la evocación, trazando el pentagrama mágico que lo protegiera, del que no debía salir hasta que el ánima no hubiese sido despedida, y apoyado con los libros de San Cipriano y el Picatrix para canalizar las energías ocultas de los planetas y las estrellas, y poder llegar a la iluminación. El Picatrix era quizás el más notorio de todos los libros de magia blanca, por la obscenidad de sus recetas. Enseguida llamó a todas las ánimas presentes para que cada una manifestara cuáles eran sus deseos.

 Una vez que las ánimas pidieron sus deseos, el mago procedió a la invocación, utilizando un amuleto hecho con la pata de una vaca. Cuando consiguió de cada una de ellas una descripción precisa para conseguir sus objetivos, se despidió.

Enseguida el psiquiatra les preguntó a las ánimas si se sentían bien. Todas respondieron que sí, y que no volverían a aparecer, siempre y cuando les cumplieran sus deseos, que solo los tres sabíamos cuáles eran, y que juramos no contárselos a nadie.

Aquella noche del martes fue la primera de las muchas más que pude dormir tranquilo.

 **FIN**

 **AUTOR: OSCAR SEIDEL**

 

Nació en 1952, en Tumaco (Colombia).

Autor de “En el mar de sus recuerdos" (Cuentos.2016), "Max Seidel El Pedagogo Alemán" (Biografía. 2017), "El dulce olor de Puerto Perla" (Novela.2018).

Coautor de las Antologías "Que todo el mundo te cante” (Cuentos.2016), y “100 palabras" (Mini cuentos.2017). Figura en las antologías "La marea literaria del Pacifico" (Relatos.2018), y en “Extravíos” (Cuentos Breves Nariñenses.2020). Finalista del VIII Certamen Literario Canyada D’art, (España.2017), y en el Segundo Concurso de Cuentos de Viaje Moleskin (España, 2018).